

Dickens y la Bondad Humana

EL ESPIRITU DE



En el jardín familiar, Carlos DICKENS, lee una obra a dos de sus hijas.

EN el año 1831, un joven novelista inglés, de treinta y un años de edad, y con un rostro muy amable, buscaba un tema que le permitiese expresar su simpatía por los desheredados, los pobres, los inválidos, y los hambrientos. Y no porque él estuviese también en la miseria, al contrario, ya había publicado con éxito novelas admirables y esto le proporcionaba buenos ingresos, pero como tenía un corazón compasivo, sufría en su carne la miseria de los otros.

ta el máximo, los obreros trabajaban doce o trece horas por día. No había límite de edad para los niños: Criaturas de seis años hacían girar las ruedas. Los gobiernos no tomaban ninguna medida para aliviar a los desgraciados trabajadores, y no porque los gobiernos fueran malos sino porque ignoraban lo que sucedía y no comprendían esos problemas. La teoría de moda entonces era que había que dejar actuar con plena libertad a las leyes económicas. Todas las cosas debían arreglarse por sí mismas.

GRA AL MUNDO ENTERO

Alegre de Fin con su sidra f



SIDRA CHAMPAGNE
 Valle Ballina
 Villavieja
 (ASTURIAS - E.S.P.)

EL ESPIRITU DE LA NAVIDAD

Por ANDRE MAUROIS
De la Academia Francesa



En el jardín familiar, Carlos DICKENS, lee una obra a dos de sus hijas.

EN el año 1831, un joven novelista inglés, de treinta y un años de edad, y con un rostro muy amable, buscaba un tema que le permitiese expresar su simpatía por los desheredados, los pobres, los inválidos, y los hambrientos. Y no porque él estuviese también en la miseria, al contrario, ya había publicado con éxito novelas admirables y esto le proporcionaba buenos ingresos, pero como tenía un corazón compasivo, sufría en su carne la miseria de los otros.

Es preciso decir que esta miseria tomaba entonces, en Inglaterra, aspectos muy dolorosos. Era la época en la que la vieja Inglaterra rural, la de los pueblos encantadores y los prados verdes, se transformaba rápidamente en un país industrial. Las primeras máquinas de vapor habían hecho su entrada en las fábricas hacia 1819, y habían producido la concentración de las industrias en las poblaciones. Los campos se despoblaban. Y las grandes ciudades: Londres, Manchester, y Birmingham habían visto formarse en sus arrabales un cinturón de barrios de indigentes.

Para utilizar las máquinas has-

ta el máximo, los obreros trabajaban doce o trece horas por día. No había límite de edad para los niños: Criaturas de seis años hacían girar las ruedas. Los gobiernos no tomaban ninguna medida para aliviar a los desgraciados trabajadores, y no porque los gobiernos fueran malos sino porque ignoraban lo que sucedía y no comprendían esos problemas. La teoría de moda entonces era que había que dejar actuar con plena libertad a las leyes económicas. Todas las cosas debían arreglarse por sí mismas. Carlos Dickens, nuestro joven novelista, había inventado un espantoso personaje, mister Gadrind, cuyo nombre chirriaba como los engranajes de un mecanismo mal engrasado, y que decía: "Los hechos, señor, yo no conozco más que los hechos. Los sentimientos son sueños".

Dickens, por su parte, era diferente de su época. Para él, los sentimientos eran todo. Y caminaba errabundo por los barrios pobres observando a la gente con amor. Y es que Dickens había sido un niño desgraciado. Su padre, empleado modesto, hombre derrochador, incapaz de administrar sus ingresos, fué encar-

celado por deudas. El joven Carlos Dickens tenía entonces diez años. Y sobre este muchacho inteligente y tierno, recayó la obligación de sostener la familia.

Tuvo entonces que dejar de estudiar, vendió algunos objetos, y fué a ver a su padre a la cárcel. Inmediatamente empezó a trabajar como aprendiz en una fábrica de betunes, donde tenía como compañeros a muchachos brutales y vulgares. Esa época fué para él una dolorosa humillación. No hablaba nunca de ella, pero no la había olvidado. De ahí nació una ardiente simpatía por la infancia desgraciada y esta idea, tan arraigada en él, de que nadie sufre más que un niño.

Y de ahí también el deseo, en Dickens, de aportar un remedio a esos males: abriendo los ojos a una sociedad demasiado dura, y despertando a los malos ricos de sus sueños egoístas. ¿Cómo? Dickens no es hombre para proponer leyes ni para suscitar una revolución. No, el remedio, piensa él, consistiría en ser buenos. Si todos los hombres se sintieran verdaderamente hermanos, las dificultades y las incomprensiones se disiparían como humo. El salvador de la sociedad es, para él, un caballero anciano de mejillas bien rojas, y cabellos blancos como la nieve, que llena las habitaciones de los niños pobres

con dulces deliciosos y juguetes bonitos.

En dos palabras, el legislador de Carlos Dickens, es Santa Claus.

Pues el espíritu de fraternidad se manifiesta, aun en esa época tan dura, por lo menos una vez al año. Es el Espíritu de Navidad. En los países anglosajones, en 1843 como hoy, Navidad, no era sólo una fiesta religiosa, sino una fiesta de la bondad. Los más egoístas, y los más avaros realizaban algunos gestos generosos.

Navidad es una fiesta de la esperanza. El tiempo es frío; la nieve cubre los campos, los árboles están desnudos, sin hojas. Es el momento de volverse hacia el abeto que permanece eternamente verde, y la ocasión de mostrar que los hombres conservan también la juventud de su corazón.

A Dickens le gustaba pasear por las calles de Londres durante los días que precedían a la fiesta de Navidad. La niebla suele ser espesa y sin embargo hay alegría en el aire. Las vitrinas aparecen deslumbrantes. Por todas partes hay cajas con cintas; los juguetes figuran en el puesto de honor. En los mostradores de los comerciantes de comestibles, alrededor de los pavos y de las ocas enormes, se ve acabo, muérdago, naranjas, manzanas, uvas. Pero el detalle más



SCROOGE ha comprendido el Espíritu de Navidad.

digno de destacar es que todos, comerciantes y clientes, tienen rostros alegres, felices, amistosos.

Estas personas que, bajo la nieve, caminan tan de prisa para calentarse van cargados con regalos. Tropicizan entre sí con buen humor. Y es que cada uno piensa en la alegría que va a causar a los suyos: "¡Qué contenta se pondrá mi mujer al abrir esta caja!, piensan. ¡Cómo van a saltar de gozo los niños al descubrir al pie del árbol, este caballo, y esta muñeca! ¡Cómo mi amigo que deseaba tanto este libro va a disfrutar al recibirlo!" Así la alegría de cada uno está hecha de la de todos los demás.

Tal es el Espíritu de Navidad, y lo maravilloso es que, verdaderamente, por algunos días al menos, triunfa del egoísmo. Nadie sentía esto más profundamente que Dickens, y él deseaba de todo corazón, hacia el mes de octubre de 1843, publicar para Navidad, en ese mismo año, un libro pequeño en el que expresase estos sentimientos. Acababa de hacer un viaje por Norteamérica y había encontrado allí un país que, como Inglaterra, se encontraba al principio de una civilización industrial y no había sabido aún adaptarse a ella. Por otra parte, Dickens había tenido dificultades con su editor; y experimentaba así, sobre sí mismo, las asperezas de un sistema social fundado únicamente sobre el interés.

"¿Es cierto, se preguntaba él, que, en este mundo nuevo, ninguna regla moral interviene para frenar la lucha por la ganancia? ¿Es cierto que sólo la brutal ley de la oferta y la demanda debe inspirar las relaciones humanas? ¿Es cierto que la única relación entre los hombres es el dinero, y el único objeto de la vida enriquecerse?". El corazón bondadoso de Dickens no podía aceptar esta explicación del mundo. Y quería, aprovechando los días de Navidad, mostrar que era falsa. Ya sabía cuál iba a ser la moraleja de su cuento de Navidad; le faltaba ahora encontrar el tema.

Ahora bien, había, sobre la noche de Navidad, en Inglaterra, muchas leyendas que podían prestarse a relatos adaptados por Dickens. Se contaba que en esa noche, misteriosa entre todas, augusta y divina, los espíritus de los muertos podían reaparecer y hablar a los vivos. Dickens pensó que habría ahí una manera original e impresionante de advertir a los hombres duros, a los que él quería convertir a la bondad. Y mejor aun si el mensajero de Navidad era un viejo avaro, culpable de inhumanidad durante su vida terrestre.

Esto explica por qué Dickens adoptó ese tema. Ebenezer Scrooge (y el nombre chirría como el de Gradgrind) es un viejo negociante, un ser repulsivo para el que nada ha contado en la vida más que el dinero, la caja de caudales, los contratos, las letras comerciales, y los libros de caja. Naturalmente, nadie le quiere. Su empleado Bob Cratchit, cargado de familia, no se atreve a pedirle ni un centavo de aumento, ni un día de permiso, aunque fuera la víspera de Navidad. A su sobrino que viene a desearle un "Merry Christmas" le recibe con sarcasmos:

—¿Por qué estás alegre, si no tienes dinero?—le dice gruñendo.

Scrooge ha tenido antes un asociado, Marley, tan desprovisto como él de simpatía y de caridad. Pero Marley ha muerto, y Scrooge, en la noche de Navidad se encuentra solo en su triste residencia de avaro. ¿Solo? No, pues un fantasma anda errante por la casa, el espíritu de Marley. Pero Scrooge no cree en los espectros:

—Los hechos, señor, nada más que los hechos.

Y sin embargo, no hay duda. Reconoce a su ex asociado, cargado de cadenas, y envuelto en una luz sulfurosa.

¿Por qué Marley, en esta noche de Navidad, vuelve a la tierra? Para salvar a Scrooge de sufrir la misma condena que él padece.

—Pero ¿por qué te han condenado, Marley?—dice Scrooge. Tú has sido siempre un buen hombre de negocios.

El espectro se retuerce las manos:

—¡Negocios!—dice con una ironía lúgubre. La humanidad hubiera debido ser mi negocio: la tolerancia, la benevolencia deben ser nuestros negocios.

Y después de esto anuncia a Scrooge, quien se queda estupefacto, que tres espíritus van a visitarle para ofrecerle la última probabilidad de salvación



Ebenezer SCROOGE, héroe de Dickens, tenía el corazón duro.

Inmediatamente se presenta el primero de esos Espíritus, el que representa las Navidades pasadas. Y arrastra a Scrooge a la casa donde pasó su infancia. El avaro encuentra allí penosos recuerdos. Ve un escolar solitario, sin familia y sin amigos. Y recuerda haber sido este niño triste, cuyos únicos compañeros eran Robinson Crusoe y Ali-Babá. De pronto, piensa en otros niños que esta tarde, han venido a cantarle villancicos y a los que ha expulsado. "Hubiera debido darles algo", dice. Pero ya es demasiado tarde.

El segundo Espíritu es el de la Navidad actual. Es un personaje alegre y benévolo. Conduce a Scrooge a través de las calles llenas de una multitud feliz, hasta la casa de Bob Cratchit, el pobre empleado a quien Scrooge paga tan mal. Pero, ¡qué sorpresa! Bob Cratchit, que gana solamente 15 chelines por semana, ha encontrado el medio de comprar un pavo. Está contento, su joven esposa está satisfecha, y sus hijos están encantados, incluso el pequeño inválido que no puede caminar más que con muletas. Pastel envuelto en las llamas azules del ponche, castañas, acebo, muérdago, no falta nada en la Navidad de la familia Cratchit, ni tampoco en la casa del sobrino pobre, adonde el Fantasma arrastra a continuación al tío avaro. Así Scrooge ve unos ejemplos sorprendentes de esta cosa desconocida hasta entonces para él: la felicidad por el amor.

Tercer Espíritu: el de la Navidad próxima. Lleva a Scrooge al lado de un cadáver que tiene la cara cubierta con un paño. El cuerpo es el de un hombre que no ha amado a nadie y que nadie vela. Alrededor de su lecho sin flores, unos individuos extraños se disputan el dinero y los objetos a los cuales tan apegado estuvo durante toda su vida. Pero no ha podido llevarse los al más allá. ¿Qué le queda de ellos? Absolutamente nada, salvo la eterna condenación a la cual le han arrastrado. Entonces el Espíritu le conduce al borde de una tumba. Scrooge, espantado, lee sobre la piedra olvidada su propio nombre: Ebenezer Scrooge. Caee de rodillas y jura enmendarse. Pero ¿aún hay tiempo?

—¡Espíritu! ¡Espíritu bueno! —grita Scrooge—, asegúrame que puedo escapar a este espantoso destino si me enmiendo... Honraré la fiesta de Navidad en mi corazón y trataré de hacer, de todo el año, una Navidad permanente. No olvidaré las lecciones que me ha enseñado el Pre-

jamás había pensado que un paseo pudiera causar tanta felicidad. Por la tarde, va a visitar a su sobrino. Los niños que le ven por primera vez, preguntan:

—¿Quién es?

—Soy yo, vuestro tío Scrooge, que he venido a cenar con vosotros.

Y todos le acogen con alegría.

Y al día siguiente por la mañana, al llegar a la oficina, aumenta el sueldo de Bob Cratchit quien no da crédito a sus oídos. Y desde ahora en adelante, Ebenezer Scrooge será fiel al Espíritu de Navidad.

Cuando Dickens encontró el tema, se puso a trabajar apasionadamente con objeto de dar forma a ese cuento de Navidad. Jamás se había concentrado con tanto ardor para escribir ninguna de sus obras. Mientras avanzaba en el desarrollo del tema, reía, lloraba, y se excitó de una manera extraordinaria. "Vivía" esta historia; tenía la impresión de que expresaba verdades útiles y hermosas. Y por la noche, cuando terminó su tarea, salió a pasear por Londres, y caminó, por las calles oscuras, quince o veinte millas a pie, para calmar su imaginación, antes de acostarse a dormir.

Con sus editores, insistía para que el libro se vendiese barato, a fin de que los pobres pudiesen comprarlo. Quería también que la atmósfera de fiesta se reflejase en los cantos dorados, en los grabados en colores, en la portada con el título impreso en azul y rojo. Infundió a ese texto una intensidad de sentimiento como hasta entonces todavía jamás había expresado. El cuento tiene el calor del brillo de las vitrinas iluminadas, de las exclamaciones de alegría, y de la ilusión y la esperanza que llenan todo el ámbito de la ciudad y de los hogares.

"A Christmas Carol" (Una Canción de Navidad) quedó terminada a finales de noviembre. Cuando Dickens salió de ese periodo de trabajo forzado, experimentó una alegría desbordante. Se ofreció a sí mismo una Navidad como las que él quería, con la casa llena de amigos, y ¡qué amigos!, William Thackeray, John Forster, Thomas y Jane Carlyle se unieron a la familia Dickens, todos más niños que los niños.

"Jamás, escribe Dickens, se había visto una cena como esa, con tales danzas, con tal prestidigitador, y con tales abrazos... Forster y yo hemos realizado trucos prodigiosos. Hemos hecho salir un "plum-pudding" de una cacerola vacía, y le hemos hecho arder, en el sombrero de Stanfield, sin estropearlo; yo he cambiado una caja de bizcochos en un conejillo de Indias vivo, que he comido."

El día de Navidad no se necesita cerebro, se necesita corazón".

Buen resumen de lo que Dickens había querido decir y que era, para él, la lección de Navidad. Esta lección, es que la alegría que experimentamos al producir la felicidad de los demás, entra en gran proporción para formar nuestra propia felicidad. El sentido de la fraternidad humana puede desarrollarse. Está presente en cada uno de nosotros, incluso en Scrooge, como lo muestra la historia inventada por Dickens. Si sabemos reforzarlo y hacerlo permanente, estamos salvados.

Lección muy sabia, que Dickens enseñó a innumerables lectores, en el mundo entero, y que les ha hecho, a ellos también, mejores.

Volved a leer, en estas fiestas, su "Canción de Navidad".

! MANDE ESTE CUPON - HOY MISMO!

Le enseñamos cómo ganar dinero mientras aprende. Muchos de nuestros alumnos cubren su colegiatura en esta forma... ¡usted también puede hacerlo!

kranz de APRENDER HACIEN- DO de National Schools, Escuela Residencial dedicada a la Enseñanza Técnico-Práctica por más de 50 años. ¡Una institución capaz, responsable y seral!

Nombre _____
 Domicilio _____
 Ciudad _____

Electr.

IP

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Inmediatamente se presenta el primero de esos Espíritus, el que representa las Navidades pasadas. Y arrastra a Scrooge a la casa donde pasó su infancia. El avaro encuentra allí penosos recuerdos. Ve un escolar solitario, sin familia y sin amigos. Y recuerda haber sido este niño triste, cuyos únicos compañeros eran Robinson Crusoe y Ali-Babá. De pronto, piensa en otros niños que esta tarde, han venido a cantar-le villancicos y a los que ha expulsado. "Hubiera debido darles algo", dice. Pero ya es demasiado tarde.

El segundo Espíritu es el de la Navidad actual. Es un personaje alegre y benévolo. Conduce a Scrooge a través de las calles llenas de una multitud feliz, hasta la casa de Bob Cratchit, el pobre empleado a quien Scrooge paga tan mal. Pero, ¡qué sorpresa! Bob Cratchit, que gana solamente 15 chelines por semana, ha encontrado el medio de comprar un pavo. Está contento, su joven esposa está satisfecha, y sus hijos están encantados, incluso el pequeño inválido que no puede caminar más que con muletas. Pastel envuelto en las llamas azules del ponche, castañas, acebo, muérdago, no falta nada en la Navidad de la familia Cratchit, ni tampoco en la casa del sobrino pobre, adonde el Fantasma arrastra a continuación al tío avaro. Así Scrooge ve unos ejemplos sorprendentes de esta cosa desconocida hasta entonces para él: la felicidad por el amor.

Tercer Espíritu: el de la Navidad próxima. Lleva a Scrooge al lado de un cadáver que tiene la cara cubierta con un paño. El cuerpo es el de un hombre que no ha amado a nadie y que nadie vela. Alrededor de su lecho sin flores, unos individuos extraños se disputan el dinero y los objetos a los cuales tan apegado estuvo durante toda su vida. Pero no ha podido llevarse los al más allá. ¿Qué le queda de ellos? Absolutamente nada, salvo la eterna condenación a la cual le han arrastrado. Entonces el Espíritu le conduce al borde de una tumba. Scrooge, espantado, lee sobre la piedra olvidada su propio nombre: Ebenezer Scrooge. Cae de rodillas y jura enmendarse. Pero ¿aún hay tiempo?

—¡Espíritu! ¡Espíritu bueno! —grita Scrooge—, asegúrame que puedo escapar a este espantoso destino si me enmiendo... Honraré la fiesta de Navidad en mi corazón y trataré de hacer, de todo el año, una Navidad permanente. No olvidaré las lecciones que me ha enseñado el Presente, el Pasado y el Futuro. ¡Espíritu! ¡Espíritu! ¡Dime que puedo borrar mis faltas de esta piedra!

El Espíritu desapareció entonces y Scrooge se encontró de nuevo en su lecho, vivo. ¿Ha soñado? ¿Ha visto verdaderamente a los tres fantasmas? De todos modos, ha comprendido, y corre a comprar regalos, y vituallas, y las envía a Bob Cratchit. En la calle dice a todos los transeúntes:

—¡Felices Navidades!
Jamás el mundo le ha parecido tan alegre ni tan hermoso;

jamás había pensado que un paseo pudiera causar tanta felicidad. Por la tarde, va a visitar a su sobrino. Los niños que le ven por primera vez, preguntan:

—¿Quién es?

—Soy yo, vuestro tío Scrooge, que he venido a cenar con vosotros.

Y todos le acogen con alegría. Y al día siguiente por la mañana, al llegar a la oficina, aumenta el sueldo de Bob Cratchit quien no da crédito a sus oídos. Y desde ahora en adelante, Ebenezer Scrooge será fiel al Espíritu de Navidad.

* * *

Quando Dickens encontró el tema, se puso a trabajar apasionadamente con objeto de dar forma a ese cuento de Navidad. Jamás se había concentrado con tanto ardor para escribir ninguna de sus obras. Mientras avanzaba en el desarrollo del tema, reía, lloraba, y se excitó de una manera extraordinaria. "Vivía" esta historia; tenía la impresión de que expresaba verdades útiles y hermosas. Y por la noche, cuando terminó su tarea, salió a pasear por Londres, y caminó, por las calles oscuras, quince o veinte millas a pie, para calmar su imaginación, antes de acostarse a dormir.

Con sus editores, insistía para que el libro se vendiese barato, a fin de que los pobres pudiesen comprarlo. Quería también que la atmósfera de fiesta se reflejase en los cantos dorados, en los grabados en colores, en la portada con el título impreso en azul y rojo. Infundió a ese texto una intensidad de sentimiento como hasta entonces todavía jamás había expresado. El cuento tiene el calor del brillo de las vitrinas iluminadas, de las exclamaciones de alegría, y de la ilusión y la esperanza que llenan todo el ámbito de la ciudad y de los hogares.

"A Christmas Carol" (Una Canción de Navidad) quedó terminada a finales de noviembre. Cuando Dickens salió de ese periodo de trabajo forzado, experimentó una alegría desbordante. Se ofreció a sí mismo una Navidad como las que él quería, con la casa llena de amigos, y ¡qué amigos!, William Thackeray, John Forster, Thomas y Jane Carlyle se unieron a la familia Dickens, todos más niños que los niños.

"Jamás, escribe Dickens, se había visto una cena como esa, con tales danzas, con tal prestidigitador, y con tales abrazos... Forster y yo hemos realizado trucos prodigiosos. Hemos hecho salir un "plum-pudding" de una cacerola vacía, y le hemos hecho arder, en el sombrero de Stanfield, sin estropearlo; yo he cambiado una caja de bizcochos en un conejillo de Indias vivo, que ha corrido por entre las piernas de mis hijos, provocando tales gritos y aplausos que se les ha oído hasta en América..."

Luego Dickens bailó unas danzas campesinas.

—Después de la cena—dice Jane Welsh Carlyle, las explosiones e los petardos, y el champagne, casaron de volvernos completamente locos. El inmenso Thackeray me cogió por la cintura y me hizo girar tan rápidamente que grité: "¡Por amor de Dios, basta! ¡Va usted a romperme el cerebro contra las paredes!" "Eso no tiene ninguna importancia—dijo Thackeray—.

El día de Navidad no se necesita cerebro, se necesita corazón".

Buen resumen de lo que Dickens había querido decir y que era, para él, la lección de Navidad. Esta lección, es que la alegría que experimentamos al producir la felicidad de los demás, entra en gran proporción para formar nuestra propia felicidad. El sentido de la fraternidad humana puede desarrollarse. Está presente en cada uno de nosotros, incluso en Scrooge, como lo muestra la historia inventada por Dickens. Si sabemos reforzarlo y hacerlo permanente, estamos salvados.

Lección muy sabia, que Dickens enseñó a innumerables lectores, en el mundo entero, y que le ha hecho, a ellos también, mejores.

Volved a leer, en estas fiestas, su "Canción de Navidad".

